

Laureano Albán

Quince Duncan

Hablar de Laureano Albán, siempre es un problema en este país. Por una parte se enfrenta a la propia reacción del mencionado poeta, que si se enoja, dirá su verdad sin detenerse a pensar muchas veces en la forma en que lo dice, con total franqueza. Y por otra parte, cuenta con el mayor número de personas que uno puede imaginar, que no puede reaccionar objetivamente cuando oyen el nombre de Laureano Albán.

Es un hombre de facetas contradictorias. Por una parte, es uno de los autores más talentosos que ha producido el país. (Aquí algunos dejarán de leer) y por otra es uno de los poetas más cercanos a ingresar a las filas de la "generación perdida".

Vamos por partes. Laureano Albán tiene talento, dije, y de los grandes. Su poesía se aparta de las cosas superficiales, ahondando en

la profundidad del ser, escapando más allá de los convencionalismos. En su obra, plantea una visión del mundo, un panorama real e imaginario, de las emociones y sentimientos humanos. "Seremos todos como estamos en los ojos del niño", para citar uno de sus más bellos poemas, bellos por su sencillez. Crea una serie de imágenes de mucha calidad y de un gran contenido lírico, y algunas veces social.

Pero Laureano no se había planteado con seriedad el problema de la comunicación. Había hecho un lenguaje de símbolos propios, de muy ricos contenidos, cuya lectura estaba necesariamente restringida a una pequeña parte de los lectores de poesías. Porque el lector quiere sentir cuando lee un poema, quiere intuir. Pero hay que darle pistas, y pistas suficientes (sin caer con el simplismo) para que pueda así orientarse y llegar a identificarse con el poeta, con su mensaje, con su palabra. Ese problema es fundamental si se quiere hacer una obra ahora, para el presente, para el hoy. Porque sólo es posible llegar al futuro en la medida en que se plasma, se reta o se desafía, al hoy. El que escribe pensando en el futuro va al fracaso, porque las condiciones del futuro podrán no ser las que él imagina. Nuestro tiempo presente es nuestra única realidad. Nuestro pasado son los recuerdos, las cosas que quedan en nosotros, las lecciones aprendidas, las cosas que arrastramos en el inconsciente. El futuro son nuestros deseos, nuestros sueños, y en todo caso, una resultante de nuestro momento de hoy. Por eso uno no puede escribir sin pensar en un lector concreto, de carne y hueso. Sólo en la medida en que le cuento a alguien mis cosas, comunico.

Alienado por el futuro, Laureano muchas veces pierde su presente. Preocupado por decir su mensaje para las generaciones de mañana, olvida que a lo mejor mañana no será lo que circunstancialmente pensamos.

Este esquema limitante es lo que ha asfixiado el talento de Laureano Albán. Su simbología estrecha (aunque rica en contenidos) no deja que su capacidad poética dé todo lo que puede. Y la falta de un vocabulario asequible a la gente común, condena su obra literaria a un circulito demasiado pequeño. Y sistemáticamente, califica de mediocres a sus mejores poemas: los que logran comunicar y por lo tanto, transformar al hombre dándole, un mensaje útil para su conciencia y belleza. Y califica de geniales sus poemas más barrocos, lo que talvez para el autor digan verdades incomparables, pero al lector se le niega el derecho de comparirlas.

Este problema está comenzando a ser superado por Laureano en sus últimos poemas en su mayoría inéditos. Tiene un poemario bellísimo sobre Chile, donde aunque arrastra aún algunos de los lastres que hemos apuntado aquí, se libera de su estrechez y deja al vuelo su genio. Ojalá que durante el proceso de pulimento no se deje llevar por la tentación de volver a su hermetismo y confundir la falta de comunicación con la genialidad.

La otra faceta de Laureano Albán es su personalidad. Gran promotor de cultura, Laureano Albán, no ha sido egoísta. Es incansable en su afán de lograr que los autores de su generación y los que siguen, escribamos. Pero es también una persona franca, y uno de los primeros que tuvo el valor de enfrentarse a la generación anterior y decir su verdad. Puede que algunas veces se le fuera la mano e hiciera afirmaciones sin suficiente fundamento. Puede que muchas veces su manera de exigir a los autores contemporáneos que dejen su vagabundería y se pongan a escribir en serio no es la mejor. Puede que algunas veces, su crítica fulminante, haya sido demasiado para un joven muchacho que está empezando.

Pero alguien en este país tenía que decirles a los nuevos, "no, usted no escribe bonito", cuando no se escribe bonito. Cuando yo empecé a tomar la literatura en serio, busqué la ayuda de varios autores. Dos me dieron una ayuda impagable: Alberto Cañas, porque aunque dijo que yo escribía bonito y otras yerbas, me hizo ver la necesidad de leer ciertas obras necesarias para mi formación. Y me explicó a su manera que a estas alturas yo no podría inventar la pólvora, dándome una lista de autores y así abriendo mi panorama literario. Y Laureano Albán, porque cada vez que yo llegaba con un cuento me lo destrozaba, hasta que tuve el valor de escribir uno con toda el alma, defenderlo con toda el alma y desde entonces se ha dedicado a fregarme cada vez que